

una próxima cosecha lírica que ya no tendrá necesidad del chauvinismo argentino para imponerse.

Que desoiga el tonto elogio sin mesura, que tanto se prodiga en estos países de América, y también en España, a la mujer de letras; que ahonde en su propia vida, estrujando la amargura con que siempre hiere el ambiente al nervio refinado, en perpetua tensión, y en su clásica estrofa correcta, llena de armonías y de sugerencias, nos brindará el claro y fresco zumo de la belleza eterna.

CARROUSEL DE LA NOCHE (1).—

Vicente Nacarato.

Libro de plena avanzada, con desprecio casi absoluto de la armonía y del ritmo, y en ocasiones hasta de la claridad, este carroussel marea un poco y convierte al lector en partidario acérrimo del verso clásico. Es desde luego un mérito, y no muy pequeño.

Vicente Nacarato da la impresión de que sigue la ruta de vanguardia por snobismo, temeroso de aparecer rezagado y de alcanzar el mote de «pompier» con que los innovadores bautizan a todo lírico que sabe de la sencillez y de la claridad. Y digo esto porque hay estrofas como las de «La Gota Eterna»:

Amanecé en tu voz
la ternura de siempre,
para que yo me torne niño,
queriéndote.

(1) Editorial «El Inca».—B. Aires, 1931.

Ingenuidad que presiente
el ritmo del tiempo,
y hace eterno el minuto
que se acaba siempre.

que dicen de un temperamento nada vulgar, emocionado y bien devoto de la difícil sencillez.

Tal vez mañana este poeta argentino dejará la senda que hoy le deslumbra. Aguardemos hasta entonces, cuando desengañado de carrouseles y de imágenes airoas, nos dé el canto sereno y comprensible.—P. S.

ENSAYOS

LA AGONÍA DEL CRISTIANISMO.

El libro de don Miguel (1) ya conocido en otras lenguas, sólo aparece ahora en la nativa de su autor en la que fué compuesto.

Fechado en París en Diciembre de 1924, en la época más dura de la tiranía militar de España y por lo tanto, la más cruenta del destierro de profesor ilustre, el libro es más que un ensayo filosófico una digresión apasionada acerca de los temas eternos que informaron la solidez del «Sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos», la obra sin lugar a dudas, capital de don Miguel.

«La agonía del cristianismo», no nos señala novedades en el pensamiento del autor. Y aun podríamos afirmar que el pensamiento del

(1) *La Agonía del Cristianismo*. Renacimiento.—Madrid 1931.

autor, se aleja, de día en día, de las regiones del pensamiento. Su filosofía, su «sistema», si un hombre como Unamuno pudiera tolerar un sistema—se afirma más que todo en la voluntad desesperada de vivir y de permanecer sobre la tierra. «La estúpida manía de pensar», que decía el escéptico no le preocupa gran cosa; lo desespera en cambio «la estúpida manía de ser».

Y para «ser», para afirmar su existencia vital, el autor se aferra a la vida con la tenacidad de un naufrago desesperanzado y que quiere aún mantener esperanzas. Esa es toda su tragedia, su agonía, como dice él. Sin fe religiosa, quiere creer para permanecer, para no aceptar la terrible verdad que el raciocinio le impone, para tener la esperanza de la resurrección, sea de la carne de la oración católica, sea la del espíritu inmortal del deseo de los humanos. Pero su lógica, su pensamiento, le dice la verdad amarga: pasamos después del instante fugaz que es la vida a la sombra que ignoramos.

Contra esta posibilidad que el correr de los años y que el declinar de la vida va acercando en una realidad próxima, don Miguel, tozudo y genial, se subleva. Para permanecer en la carne, propende al matrimonio, y la unión prolífica de la pareja humana lo llena de goce. El ha empezado por dar el ejemplo. De su matrimonio ha tenido nueve hijos. Para no morir en el espíritu, ha laborado intensamente con su obra, y ésta lo defiende del olvido, de la muerte, de la nada.

Podemos afirmar, pues, que la

tragedia de don Miguel tiene un desenlace armonioso. Pero la agonía de su cristianismo, la lucha ya que el autor equipara la agonía a la lucha, es la indicada. El cristianismo, el catolicismo se muere a cada instante en don Miguel, no pecaríamos de atrevidos si afirmáramos que se ha muerto ya definitivamente hace muchos años, y sin embargo, lo desea, lo quiere, lo reclama. Y esa es la pelea, la lucha, la agonía para satisfacer al autor.

Esta tragedia espiritual en un hombre apasionado e inteligente se extiende a la tragedia de su patria, de sus compatriotas, de España. Y el conceptualismo verbalista de Unamuno, llevado en esta obra a los límites de don Baltasar Gracián en «El Discreto», y que a la larga fatiga no poco, sólo demuestra en sus páginas postreras a un hombre férreo ante el problema de la muerte y pasionalmente enamorado de su patria.—*Abel Valdés A.*

STALIN Y EL RÉGIMEN CAPITALISTA.

La iniciativa de un grupo de estudiosos al editar los «Cuadernos Internacionales» (1), ha merecido de nuestros mejores círculos un entusiasta apoyo. Si en nuestro país, ha causado sensación la aparición de estos pequeños folletos, cuyas tiradas se agotan rápidamente en otros países han hecho ya una labor de difusión cultural apreciable.

(1) Editorial «Problemas». — Santiago, 1931.